

militares, que combinaba los términos de algún plan estratégico.

Salvas algunas diferencias, podía compararse su actitud meditabunda á aquel aire reflexivo con que nos pintan á Napoleón pasando los Alpes.

El genio militar del César francés iba meditando la conquista de Europa y la dominación del mundo. ¿En qué conquista pensaba este oficial de artillería en el solitario corredor de su desierta casa? ¿Á qué dominación aspiraba?

Por lo visto, la imaginación le presentó como la cosa más fácil del mundo la realidad de sus propósitos, porque, restregándose las manos una contra otra, dejó ver la satisfacción interior de que se hallaba poseído su ánimo; y las asperezas de la expresión habitual de su rostro aparecieron iluminadas por los reflejos de la alegría.

De pronto hizo un movimiento; se volvió rápidamente sobre la derecha, y alzando el brazo en toda su extensión y mostrando el puño cerrado, lo agitó en el aire como una maza, decidido á lanzar una soberbia puñada, ni más ni menos que si se viera súbitamente acometido por un terrible adversario.

CAPÍTULO X.

La confesión.

Antes que el puño del comandante asestara el golpe con que amenazaba, Gil, cuya figura se dibujaba en el marco de la puerta, hizo frente á la puñada que se le venía encima, cuadrándose, y diciendo:

—Señor, ahí está el *carcunda*.

El puño se detuvo sobre su cabeza, y los ojos del fiero comandante expresaron la duda que le causaban las palabras del soldado, y éste añadió:

—Digo que ahí está el señor cura.

—¡Ah, sí! (exclamó bajando el brazo, y como quien recuerda una cosa olvidada); pero, bribón, ¿cómo has tardado tanto tiempo?

—No he gastado más tiempo que el necesario para llegar á la mitad del camino.

—¿Entonces, quiere decir que no has ido al monasterio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el P. Antonio se opuso á ello.

—¿De qué manera?

—Saliéndome al paso en el camino.

—¿Venía?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Sí.

—¡Imbécil!—dijo el comandante.

Quedóse Gil con la duda de si iba dirigida á él la exclamación de su amo, ó si el imbécil era el padre Antonio.

Éste esperaba entre tanto, paseándose tranquilamente en la habitación comprendida entre el comedor y el dormitorio, formando diversos cálculos acerca de aquel llamamiento tan urgente como inesperado.

Alguna cosa extraordinaria ocurría; esto era indudable; pero ¿qué cosa podía ser esta? He ahí lo dudoso.

—¿Querrá morirse? (se preguntaba á sí mismo el P. Antonio.) ¿Para qué me necesita á mí este santo varón?... ¡Ya!.... acaso quiera desahogar su conciencia; porque, al fin, todos andamos por el mundo cayendo y levantando. ¡Vamos!: Dios le ha tocado en el corazón, y me llama para confesarse. Debe tener el saco muy lleno; pero estos pecadores son los que con su arrepentimiento llenan de alegría al cielo. Estas almas enfermas son las que necesitan más dulzura en las palabras y en las advertencias de aquel á quien confían sus faltas. ¡Señor (añadió levantando los ojos al cielo), dadme toda la unción necesaria para que yo pueda llevar el bálsamo de vuestra divina gracia al seno de su conciencia atribulada. Dadle el arrepentimiento de la Magdalena, las lágrimas de San Pedro y la fe de todos los Santos....

Aquí llegaba en el fervor de su oración mental, cuando se encontró frente á frente del comandante.

En honor de la verdad, el hermano de la viuda no ofrecía en su aspecto nada de aquella humilde compunción de que debe hallarse poseído el pecador

contrito que se acerca al tribunal de la penitencia; antes al contrario, mostraba un aire resuelto, dibujándose bajo sus enormes bigotes una sonrisa casi burlona; pero el P. Antonio no solía llevarse de las exterioridades, y pensó que un comandante de artillería no había de mostrar el fervor de su arrepentimiento del mismo modo que una monja.

Por otra parte, el aire resuelto dejaba traslucir el firme propósito de una resolución, y no se necesita poca voluntad para renunciar decididamente á las malas costumbres, á los malos pensamientos y á las malas acciones.... Se sonreía.... ¡Bien! ¿y qué?.... Se reía probablemente del demonio, de cuyas garras iba á escaparse, dejándolo con tres palmos de narices.

El acto de humildad y de penitencia que iba á consumir, bien puede ser ocasión de angustia, de tristeza y de lágrimas, porque cuando es sincero, es muy hondo el dolor que despierta en la conciencia la memoria de la culpa; mas también puede ser y es motivo de íntimo gozo, porque nada llena el alma de tanta alegría como el arrepentimiento.

El P. Antonio lo pensaba todo, antes que pensar mal del prójimo. Además, la idea de absolver al comandante de todas sus culpas le era tan agradable, que no se sentía dispuesto á renunciar fácilmente á ella después de haberla concebido.

Al ver entrar al penitente, el confesor se descubrió, arrancando de sus sienes el gorro de felpa negra que siempre llevaba, mientras el comandante, acercándose á él, le puso una mano sobre el hombro con íntima familiaridad, diciéndole:

—¡Ay, P. Antonio; somos unos miserables pecadores!

—Sin duda alguna (contestó el sacerdote); pero

tenemos siempre abiertos los brazos de la misericordia divina. No hay culpa, por grande que sea, que no la borren las lágrimas del arrepentimiento. Dios no quiere que el pecador muera, sino que se arrepienta y viva.

—Muy bien dicho; y, en realidad, no tengo nada que oponer á esas palabras; pero es el caso que....

Hizo un gesto de expresión equívoca, y se pasó la mano por la frente.

El P. Antonio creyó ver en esta vacilación un síntoma de esa vergüenza que sienten las almas orgullosas al confesar sus culpas; y queriendo salir al paso de esta dificultad, le allanó el camino, diciendo:

—Ante todo, debemos sentarnos, y, sentados uno enfrente de otro, hablar como dos amigos. No está V. en presencia de un juez severo que va á lanzar los rayos de la justicia sobre su cabeza, sino delante de un padre amoroso que abre los brazos para recibir en ellos al hijo extraviado y arrepentido. ¿Recuerda V. la parábola del hijo pródigo?

Hablando así, se había sentado, mientras el comandante, con las manos echadas hacia atrás, se paseaba de un extremo á otro de la habitación con lentitud reflexiva.

No habiendo obtenido respuesta alguna, añadió el P. Antonio:

—Así como se confían al médico las dolencias del cuerpo para que las mitigue y las cure, de la misma manera se descubren al confesor las llagas del alma para que el perdón las cicatrice.

Aquí el comandante se detuvo delante del P. Antonio, y lo contempló atentamente, con el aire suspenso del que oye conceptos extraños cuya ilación no encuentra y se pregunta á sí mismo: «¿Qué diablos dice este hombre?»

—San Agustín (prosiguió diciendo el P. Antonio) fué gentil, un gentilazo como una loma; después fué maniqueo, y.... ¡válgame Dios! cayó en todas las flaquezas de la carne; pero la verdad penetró en su alma, y fué.... San Agustín.

El comandante llamó á Gil, que se presentó en el acto, porque se hallaba detrás de la puerta del dormitorio escuchando aquella conversación y haciéndose cruces.

—¡La pipa!—le gritó su amo.

Gil cargó la pipa como hubiera podido cargar un mortero, y se la presentó humeando.

—Ahora (dijo éste, aspirando una gran bocanada de humo), prepárame el almuerzo, tunante.

Gil salió por la puerta que daba al comedor, y el comandante se sentó junto al P. Antonio, echó una pierna sobre otra, lanzó al techo una nube de humo, y le dijo:

—Lea V. esta carta.

Tomó el P. Antonio de manos del comandante la carta que éste leía cuando estalló la máquina de hacer café, y desdoblándola cuidadosamente, comenzó á leerla, moviendo los labios como para asegurarse con esta muda pronunciación de la exactitud de las palabras que leía. Sus ojos, recorriendo los renglones de la carta, necesitaban, por lo visto, la sanción de su boca.

De pronto alzó los ojos con expresión compasiva, exclamando:

—¡Ha muerto!....

No era una pregunta, pero el comandante añadió:

—Sí; murió hace dos meses.

—La habrá matado la pena de su falta.... ¡Pobre mujer!

—¡Diablo! Á los veintidos años de haber tenido

un hijo, no se muere ninguna mujer de sobreparto: la pobrecilla ha muerto de una pulmonía.

—¡Ah! (exclamó el P. Antonio.) ¿Cree V. que no haya tenido remordimientos?

—¡Remordimientos!.... (replicó el comandante, encogiéndose de hombros.) Algunas veces no me ocultaba el temor de que su marido apareciera de repente; mas semejante inquietud se disipó cuando llegó la noticia de que había muerto en Chile. De mí no podía tener queja ninguna. ¿Qué había yo de hacer?... Ningún hombre está obligado á que una mujer le guste eternamente.... ¡Ah!.... ¡si no envejecieran!.... pero el tiempo pasa rápidamente sobre sus encantos, y adiós hermosura. Luego, ella misma precipitó mi retirada, pues viéndose viuda, concibió la peregrina idea de casarse, y me daba unos ataques furiosos. Decididamente se había propuesto tomarme por asalto, y fué preciso emprender una retirada más difícil que la retirada de Rusia.

Muchas veces habréis observado esas oscuridades repentinas producidas por la sombra de las nubes que, pasando por delante del sol, se proyectan sobre la tierra; pues de este modo se oscureció en el semblante del P. Antonio la luz de su alegría; alguna sombra de tristeza interrumpía en aquel momento la habitual serenidad de su alma.

—Todo eso lo sé (dijo). V. ha olvidado que yo me hallaba de guarnición en Sevilla; que estuvo V. enfermo; que yo lo asistía y lo acompañaba siempre que el servicio me lo permitía. Entonces hablamos de esto muchas veces, y le aconsejé que se casara.

—Si hubiera seguido esos consejos, habría hecho el disparate del siglo. Aún era hermosa; pero ya empezaba á dejar de serlo. Estas mujeres del Mediodía pasan como relámpagos. ¡Ah, P. Antonio!

(añadió): cuando yo la conocí era la mejor moza de Sevilla. ¡Qué ojos, P. Antonio! ¡qué boca! ¡qué aire!.... Un badulaque quiso disputármela, y fué preciso hacerle entender que no se me arranca fácilmente la presa que tengo entre las uñas.... Le prohibí que volviera á mirarla, y quiso levantarme el gallo; pero le contesté con el revés de la mano, y me desafié.

La tristeza que sombreaba el rostro del P. Antonio se convirtió en angustia, y dejándose llevar de la ansiedad que lo dominaba, preguntó:

—¿Admitió V. el desafío?

Semejante pregunta causó en el comandante tal extrañeza, que, clavando la mirada atónita en el P. Antonio, lo contempló algunos instantes con sonrisa mezclada de burla y de lástima. Al fin sacudió la cabeza, y dijo:

—Sí, señor cura, admití el desafío; y fuimos al terreno: fué un lance que duró pocos minutos, pues tuve tal tino, que le planté la punta de la espada en el ojo derecho, de cuyas resultas quedó tuerto. Eso era todo lo que yo quería, pues de ese modo ya no podía mirarla más que con un ojo. Otro en mi lugar hubiera muerto; pero yo me contenté con simplificarle la vista. ¿Cree V. que el pícaro tuerto se conformó con esta generosidad mía? Nada de eso: buscó otra mano que vengara su desdicha, y le pareció la más segura la mano del marido: lo puso en el secreto, y cargándolo con toda la pólvora de los celos, esperó que estallase sobre mi cabeza la bomba de su venganza. He aquí por qué debía haberlo muerto; mas no conté con esta salida, y tuve intenciones de abrasarme la mano, como Scévola, por no haberlo herido en el corazón en vez de picarle la luna del ojo.

Aquí se detuvo, esperando tal vez que el P. An-

tonio confirmara la exactitud de sus palabras ; pero el buen sacerdote tenía, por lo visto, la lengua pegada al paladar, pues calló como un muerto, dando, en la palidez de su rostro, seguro indicio de la emoción que experimentaba.

El comandante prosiguió diciendo :

—Hay tres clases de maridos : unos que matan, otros que callan, y otros que huyen : el marido de la hermosa Jacinta pertenecía á esta última clase, y tomó el partido de poner por medio el Océano, refugiándose en América. Esta trastada me jugó el pícaro tuerto. Al pronto me reí, porque la ausencia del marido nos dejaba en completa libertad, y nos hallábamos precisamente en la luna de miel. El tuerto debía estar desesperado al ver nuestra dicha ; pero no tardé mucho tiempo en conocer que la cosa era más seria de lo que al principio me había parecido. ¡Ya se ve! : Jacinta, abandonada de su marido, se agarró á mí con todas sus fuerzas, resuelta á no soltarme nunca ; y yo, por mi parte, me iba ya cansando de un amor que tenía todas las trazas de ser interminable. Gabriel había ya nacido, y la madre quiso fundar en la existencia del pobre niño sus derechos sobre mí, y sus pretensiones iban picando en historia ; mas no quise apelar al extremo recurso de una ruptura violenta, y establecí el sistema de continuas ausencias para ir alejándome poco á poco de esta irresistible tiranía. ¡Ah! Si el tuerto hubiera intentado entonces conquistar su corazón, yo mismo le habría facilitado los medios más eficaces de conseguirlo : era una buena manera de salir del apuro ; pero ¿á qué mujer, por desesperada que esté, podrá enamorarla el hombre á quien le falte un ojo?... Las ausencias fueron inútiles ; más aún : producían el efecto contrario. Cuando se pro-

longaban demasiado, recibía cartas terribles, en las que me amenazaba con ir á buscarme. P. Antonio, me tenía acobardado. El pícaro tuerto se vengaba cruelmente, y se me pasaron muy buenas ganas de saltarle el otro ojo.

Diciendo esto, se puso de pie, y comenzó á pasearse con impaciencia. Luego continuó de esta manera :

—Caí enfermo.... ¿Se acuerda V.? Aquella enfermedad fué sin duda que probé á morirme, única manera de salir del paso ; pero la enfermedad me llevó hasta las puertas de la muerte, dejándome vivo para empeorar mi situación, porque entonces dió en la manía de que debíamos casarnos, en atención á que hacía ya un año que era viuda. Me defendí como un león durante cuatro años. No hay en el mundo nada más tenaz que una mujer empeñada en casarse, y yo he preferido siempre verme fusilado á verme marido. Toda mujer se hace insoportable á más ó menos tiempo, excepto la mujer propia, que debe ser insoportable desde el primer día. Nadie celebró tanto como yo la noticia de la guerra de África, y ante la perspectiva de la campaña respiré, porque todos los moros de Marruecos juntos son más razonables que las mujeres, porque al fin con éstas no se puede andar á cañonazos. ¿No es esto, P. Antonio?

El P. Antonio arqueó las cejas por toda respuesta, y el comandante prosiguió diciendo :

—En una palabra : volví de la guerra de África, y ella me esperaba con los brazos abiertos ; mas rechacé esta demostración de afecto, diciéndole : «Jacinta, si la bala de una espingarda me hubiera dejado frío en Marruecos, ¿qué habrías hecho?—Llorar toda mi vida (me contestó).—Pues bien (le dije):

prepara un mar de lágrimas, porque yo he muerto. —; Muerto! (exclamó intentando sonreirse).—Es lo mismo (repliqué): el deseo de vivir me ha quitado la vida. Oye bien lo que voy á decirte: para que Dios me sacara libre de los azares de la guerra, hice solemnemente voto de castidad perpetua.» Pronuncié estas palabras con tanta formalidad, que Jacinta las tomó al pie de la letra: se puso pálida; quiso hablar y no pudo; pero al fin rompió en llorar. Por último: se enjugó los ojos, y me dijo: «Cumple tu promesa.» Yo vi el cielo abierto.—Poco después me destinaron á la fábrica de Trubia; salí de Sevilla, y no la he vuelto á ver. Me escribía de vez en cuando; pero sus cartas parecían cartas de monja: siempre á vueltas con Dios y con los Santos.

El P. Antonio dejó ver una sonrisa, que el comandante interpretó á su modo, diciendo:

—Fué una gran idea, no tiene duda; pero debo confesar que esa idea me la sugirió Gil; Gil, que es la bestia de más instinto que conozco.

—¡Pobre Jacinta! (exclamó el P. Antonio.) Tenía en el rostro algo de angelical.

—No crea V. (añadió el comandante enternecido digámoslo así, ante este recuerdo de la belleza de Jacinta) que yo la abandoné del todo, no; le señalé una pensión para que pudiera vivir cómodamente. Nunca me hablaba de su hijo, y en una de mis cartas le pregunté qué era de su suerte, y me contestó que era un muchacho excelente; que había descubierto una pasión decidida por la música, y que hacía grandes progresos.

Guardó silencio, y el P. Antonio, cruzando las manos sobre el pecho, lanzó un profundo suspiro.

—¡Ea, señor cura! (exclamó el comandante.) ¡Aquí tiene V. la confesión de mis culpas; absuélvame V.

de ellas, y en paz! Pude matar al tuerto, y no hice más que saltarle un ojo; pude abandonar á Jacinta desde el momento en que me cansé de ella; pero la he socorrido hasta el último momento. Me parece que soy un pecador bastante razonable.

Hablando así se reía á carcajadas, exclamando: «¡Pícaro tuerto!... ¡pícaro tuerto!...»; mientras el P. Antonio mostraba una cara tan afligida, que cualquiera hubiera creído que las lágrimas estaban á punto de salir por sus ojos; pero sin duda hacía grandes esfuerzos por contenerlas.